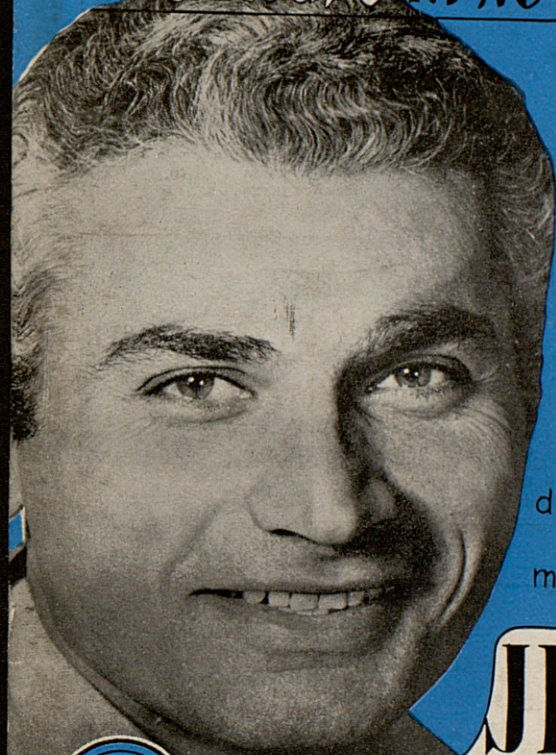


3.9 *Una vida, UNA NOVELA*

Sedió a
conocer
como el
indio
"cochise"

—
UN
ATROPELLO
PONE EN
PELIGRO
SU VIDA
—

dificultades
en su
matrimonio



JEFF CHANDLER



¡Están a la venta!

BURT LANCASTER.—Fue acróbata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Ultimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapecista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

JANE WYMAN.—La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



¡De próxima aparición!

BETTY GRABLE—Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa; ella, convertirla en bailarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso —que terminó en divorcio— dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.



UNA VIDA, UNA NOVELA

JEFF CHANDLER

- ◆ Siendo niños, él y Susan Hayward se prometieron llegar a ser primeras figuras de la pantalla.
- ◆ Dio sus primeros pasos artísticos en el teatro.
- ◆ Su ascenso al estrellato fue lento y dificultoso.

Volumen n.º 39

de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 22. RITA HAYWORTH |
| 2. JOHN WAYNE | 23. TYRONE POWER |
| 3. HEDY LAMARR | 24. JUDY GARLAND |
| 4. ERROL FLYNN | 25. KIRK DOUGLAS |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 26. AUDREY HEPBURN |
| 6. MARILYN MONROE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 7. GARY COOPER | 28. JOAN CRAWFORD |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 29. RAF VALLONE |
| 9. ROCK HUDSON | 30. INGRID BERGMAN |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 31. JAMES STEWART |
| 11. CLARK GABLE | 32. BETTY HUTTON |
| 12. LESLIE CARON | 33. JOSEPH COTTEN |
| 13. GREGORY PECK | 34. LORETTA YOUNG |
| 14. GRACE KELLY | 35. GLENN FORD |
| 15. FRANK SINATRA | 36. LANA TURNER |
| 16. SILVANA MANGANO | 37. BURT LANCASTER |
| 17. VAN JOHNSON | 38. JANE WYMAN |
| 18. AVA GARDNER | 39. JEFF CHANDLER |
| 19. ALAN LADD | BE PROXIMA APARICION |
| 20. SUSAN HAYWARD | 40. BETTY GRABLE |
| 21. ROBERT TAYLOR | |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

UN chiquillo taciturno, alto, delgado, prematuramente alto y desgarbado, iba y venía a la Escuela Comunal de Brooklyn sin faltar un solo día. Le gustaba estudiar, aprender. Le gustaba andar solo porque la convivencia se le hacía difícil a causa de su excesiva timidez. Nadie lo hubiera creído viéndole tan desarrollado, con aspecto de hombretón y cara angulosa, de facciones más bien duras. Pero la verdad era que sufría, si no un complejo de inferioridad, sí algo muy parecido, como consecuencia de su vida familiar, que nada tenía de entrañable y amorosa.

Phillip y Anna Grossel, sus progenitores, se hallaban divorciados cuando el hijo cumplió los tres años. Una edad en la que las emociones se graban en el corazón y en la mente, dejando su impronta feliz o desgraciada.

El niño no era feliz. Vivía con la madre, los abuelos, un tío y una tía, quienes se ocupaban bien poco de él. La madre tenía una tienda de caramelos donde se le iban las horas y el humor bregando con la clientela. Al volver a casa, fatigada y con manifiesta desgana de vivir, en lo que menos pensaba era en el hijo, que se pasaba muchas horas correteando por las calles, observando «la vida», soñando aventuras y trasponiendo la personalidad de los protagonistas a la suya propia. Era imaginativo, concentrado, introvertido. Una ardiente sed de efusiones, jamás conocidas, le tornaba rebelde, pues que no comprendía el porqué de no poderlas gustar como cualquier otro de los muchachos que le rodeaban. Viéndoles tan contentos y bulliciosos, sin que le fuera posible exte-

riorizar el propio contento, acentuaba el gesto hueraño con tal de impedir que alguno intentase penetrar en su desierto espiritual. La consecuencia fue que le aislaran. Nadie se arriesgaba a discutir con él por temor a sus puños contundentes, pero, en cuanto la ocasión les era propicia, se vengaban de aquella hipotética superioridad gastándole alguna broma pesada y colectiva, a fin de que ninguno fuese personalmente responsable. Y el taciturno muchacho se cerraba más y más dentro de su enorme e inofensivo caparazón de atleta.

El mismo lo relata ahora, convertido en el popular actor Jeff Chandler, como uno de los más amargos recuerdos de infancia:

—Todavía no lo comprendo bien. ¿Por qué me temían si jamás disputé con nadie?

Reflexionando, parece dar con una respuesta, en cierto modo aceptable, al reconocer que también él, sin ninguna razón que lo justificase, temía a los demás chicos de su edad; y explica la siguiente anécdota aleccionadora:

—Habitaba con mi familia en una modesta barrida de Brooklyn. Frente a nuestra casa vivía un matrimonio con cinco hijos varones, a mi receloso modo de ver todos de aspecto agresivo y pendenciero. Yo, la verdad, procuraba eludirles, y cada vez que debía cruzar la calle ponía buen cuidado en hacerlo antes de pasar por delante de su puerta, pero un día en que iba distraído, olvidé tal precaución y cuando quise darme cuenta estaba delante del más «duro» de los cinco. Haciendo de tripas corazón disimulé aquellos temores, pero, cuál no sería mi sorpresa al ver que fue él quien se dio buena maña en eludirme... Lo insólito del caso hizo que indagase por el vecindario donde me

aseguraron que todo el tiempo que yo estuve temiendo a mis vecinos, también ellos me temieron a mí.

—Con esta cara y este cuerpo, la verdad, no inspiras confianza —le aseguraron una vez aclaradas las situaciones. Y huelga decir que a partir de aquel entonces fueron todos excelentes amigos.

* * *

Ira Grossel procuraba ganarse simpatías a fuerza de sobresalir en los estudios, ya que de otro modo le resultaba imposible. Su vida familiar, carente de efusiones, le hacía mantener las suyas replegadas e inéditas en lo más íntimo del ser.

«Si me distingo por mi aplicación acabarán queriéndome», repitiase cada vez que se sentía herido por la incomprensión, en unos interminables soliloquios de los que difícilmente se le sacaba.

Y un día, el profesor le llamó a recitar. Se trataba de unos fragmentos de «Hamlet», que Ira conocía a la perfección.

—«He tenido suerte» —iba diciéndose mientras subía al estrado—. «Voy a esmerarme tanto que me aplaudirán. Me ayudaré con el puntero, a modo de espada, para que la impresión de realidad sea más completa...».

El miedo al ridículo le atenazaba la voluntad, pero el ansia de afectos todavía más fuerte, le servía de poderoso estimulante. Antes de comenzar comprobó que toda la clase quedaba pendiente de lo que él iba a decir y hacer. Experimentó una sacudida nerviosa, aunque grata. Tras unos segundos de espera, y ya en situación, empezó a declamar, blandiendo la fingida espada... Su voz

fuerte y modulada llenó todo el recinto. Decía bien, entonado y fogoso; más su dicción no se ajustaba a los desmañados movimientos del cuerpo, pobremente vestido, prematuramente desarrollado, pesadote y sin gracia...

A varios compañeros les dio por reír, y la risa, de por sí contagiosa, dominó los demás. El alboroto le envolvía impidiéndole oír. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso no recitaba bien? Calló asustado. Con las mejillas encendidas de vergüenza pasó sus pupilas por todos los bancos. No cabía ninguna duda. ¡La burla era general! Desolado e incrédulo agudizó la mirada... ¡Alguien no reía! Sintió un ligero alivio. Quien no reía era una muchacha... Una mujer todavía en agraz, aunque dotada de prometedores e infinitos encantos.

Al cruzarse la mirada ella le sonrió, mientras los demás seguían alborotando con sus risas y sus mordaces ocurrencias y el profesor intentaba imponer su autoridad. Retornó a su pupitre; ya no sentía rubor. Llevaba el alma caldeada por los ojos de la compañera que le había mirado comprensiva; el rostro atento; los músculos en tensión; los labios entreabiertos y expresivos.

Se trataba de Edyth. Una pelirroja de pupilas verdes, dominadoras y altivas, contrastando con la miseria del indumento, los pies mal calzados y las medias rotas.

Era menudita, pero firme. Parecía estar muy segura de sí misma. Todo lo contrario de lo que le ocurría a él. Ira recordó que los muchachos la buscaban y que ella no aceptaba a ninguno. Que las conversaciones entre «hombres» la motejaban de orgullosa, obstinada, inómita. Que la admiraban, aunque a distancia. Que elogiaban la suavi-

dad de su piel, el turbador atractivo de sus incipientes encantos...

¡Imposible atender a las explicaciones del maestro! Quería concentrarse y el pensamiento se le escapaba hacia el puesto ocupado por Edyth, como si aquellas pupilas «dominadoras y altivas» le tuvieran prisionero... Pese al ruidoso fracaso que acababa de sufrir, bendecía la buena idea que el profesor tuvo al llamarle, pues, de otro modo, jamás unos ojos de mujer le habrían acariciado tan dulcemente... ¡Qué verdes, qué luminosos, qué expresivos le parecieron!

Al término de la jornada escolar respiró aliviado. ¡No había logrado retener lo más mínimo de cuanto explicara el profesor! ¡Estudiaría en casa! Pero la aventura no había acabado. En uno de los corredores le estaba esperando «ella».

Sin preámbulos reafirmó su felicitación con estas palabras:

—No les hagas caso. No comprenden nada. Yo sí te comprendo, porque yo un día seré una gran actriz.

Ira no supo qué contestar. Se la quedó mirando extasiado, comprobando, para sus adentros, cuánta falta le hacía a él la decisión de que alardeaba su compañera.

—No lo crees ¿verdad? —insistía ante la sorpresa del condiscípulo—. Pues lo seré aunque tampoco tú lo creas.

«Si supiera decirle algo», reflexionaba Ira. Pensarlo, bien lo pensaba, mas se le hacía un nudo en la garganta apenas intentaba hablar.

Edyth dilató su naricilla respingona al proponer:

—¿Quieres acompañarme y seguiremos hablando?

—¡ No he de querer...!

Notó que reaccionaba, porque su timidez desaparecía en cuanto se le daba a entender que era bien acogido. Y ¿cómo dudarlo de la condiscípula que ningún compañero lograra avasallar cuando tan espontáneamente le buscaba?

La calle le pareció estrecha para albergar tanta dicha. Salieron camino adelante mientras en la puerta de la escuela quedaban unos grupos comentando, con manifiesto despecho, la insólita decisión.

—Se burlará de él...

—Es una caprichosa...

—¡Escoger a ese grandullón...!

—Si piensa que nos dará celos, muy equivocada está...

Hubo comentarios para todos los gustos en tanto la feliz pareja perdía la noción del tiempo y las distancias hablando del futuro.

* * *

Edyth, que años después se convertiría en una de las más rutilantes estrellas de la pantalla bajo el nombre de Susan Hayward, llenaba por completo la vida de aquel solitario que crecía y crecía, agigantando su corpulenta figura, su aspecto hurafío, en evidente contraste con la silueta fina y reducida de la amiga.

Aparte las tareas escolares, Ira no tenía otra obligación diaria que ayudar un rato a mamá en la tienda de caramelos. Y si bien esto le molestaba, servía, en cambio, para que también a diario dis-

pusiera de un puñado de golosinas con que obsequiar a su pequeña y admirada compañera.

Un día que conversaban seriamente, ella le preguntó:

—¿A qué te dedicarás cuando seas mayor?

—He pensado tantas cosas...

—Tendrás que decidirte por alguna.

—De momento me quedaré en la tienda de mamá.

—¡Con lo bien que declamas! ¡Deberías ser actor!

—También lo he pensado, pero... ¿cómo?

—¿Cómo? ¿Cómo?... Los medios se encuentran... Yo seré actriz aunque ahora sea más pobre que tú. — Ante el asombro de Ira, añadió: — ¿Todavía dudas? ¡Pues es cierto! Seré actriz y seré rica.

—Posees lo que a mí me falta. Confianza en uno mismo. Voluntad — se excusó, notando que se turbaba ante el análisis del rostro de su amiga: la boca carnosa... la nariz chiquitina... los párpados entornados...

Ella le sacó del ensimismamiento al proponer:

—¿Quieres que estudiemos juntos?

—¿Sin alguien que nos ayude?

—¿Por qué no hemos de hacerlo? Yo te corrijo y tú me corriges. El zaguán de mi casa servirá de escenario. ¿Quieres?

Ira quiso. ¡Se sentía feliz compartiendo aquellos entusiasmos!

El barrio habitado por la futura estrella quedaba envuelto en la pestilente atmósfera de una fábrica de gas, cuyas emanaciones llegaban hasta el lugar donde solían reunirse, pero, ¡qué importaba, siempre que Edyth estuviera esperándole!

Apenas aparecía por el extremo de la calle le

mostraba los caramelos, y a grandes zancadas corría impaciente para dárselos, seguro de que los aceptaría con fruición y que, atormentadoramente femenina y coqueta, desenvolvería el primero y lo metería en la boca del donante... en seguida prepararía otro y lo paladearía con innata voluptuosidad... El la miraría inconscientemente estremecido, dando tiempo a que el silencio mutuo les volviera a la realidad. Luego se entregarían al estudio afanosos.

—Deberíamos ver películas. Se aprende mucho —aconsejaba la futura actriz.

—¿De dónde sacaremos el dinero para ir al cine?

—Piensa algo... Eres el hombre...

—¡No sé! A ti ¿qué se te ocurre? Las mujeres tenéis recursos para todo...

En sus correrías callejeras habían visto montones de botellas vacías entre los escombros. Edyth apuntó con rapidez:

—Podríamos recogerlas y venderlas luego...

—¡Magnífico!

Ya tenían lo que precisaban. Con el producto de sus ventas iban al cine un par de veces a la semana. Entre unas cosas y otras se pasaban la mayor parte del día juntos. Ira la convertía en heroína de sus sueños. La amaba como nunca había tenido ocasión de amar; seguro de ser correspondido.

De ahí que cierto día, en la penumbra de una sala de proyecciones, mientras la pantalla reproducía unas escenas sentimentales, cogiera la mano de Edyth y le espetara vehementemente:

—He decidido ser actor. Así nunca nos separaremos.

Aquella niña, casi una mujer, experimentó el placer de haber ganado una batalla.

Quedáronse silenciosos; la mano en la mano y el pensamiento vagando por un mundo totalmente desconocido.

Estaban enamorados. ¿De qué? ¿De quién? De hacérselo concretar se hubieran visto en un aprieto. Estaban enamorados de la vida, que, para ellos, en aquel entonces, quedaba reducida a la mutua presencia y a sus imaginarias conquistas del porvenir.

* * *

Ira, nacido el 15 de diciembre de 1918, en Brooklyn, East, 37 th. Street, cuando menos lo esperaba fue arrancado de su ambiente y costumbres infantiles para trasladarse, con la familia materna a Manhattan. Mucho le costó renunciar a Edyth. Las exigencias económicas le tenían preocupado pero, fiel a la promesa hecha en un arranque de sinceridad y que a él le parecía sagrada, no dejó hasta encontrar la manera de enfrentarse con la escena. De vez en cuando tomaba parte en las representaciones que se daban en la Universidad, cuya matrícula pagaba trabajando de cajero en una cadena de restaurantes con capital aportado por su padre.

Terminados los estudios hubo de pensar seriamente en el mañana. Dentro de su cabeza bullían mil proyectos distintos, aunque subrayados por un denominador común: «Sobresalir en cualquier rama artística». Le atraía el arte en general. Tan pronto se le veía tomando notas para la novela que estaba planeando, que todavía planea y que

algún día tal vez escribirá, cuyo protagonista se ajustaba y ajusta en un todo a sus características personales: alto, fuerte, atlético; bien parecido y atrayente; dotado para la escena, el canto, la pintura, la literatura...; que iba por el mundo procurando darse a conocer; que una vez lo tenía conseguido se apercebía de que, en realidad, sólo era un fracasado, pues que la dicha conseguida a fuerza de sacrificios se le escapaba de las manos a través de una gran derrota sentimental... la novela que si bien nunca fue escrita por el improvisado autor, diríase que le dio la pauta para andar por la vida.

Tal como se proponía mover al protagonista de la farsa, se ha ido y va moviendo Ira Grossel. Sobre todo desde que pasó a ser Jeff Chandler. ¿Quién si no él mismo se ha llamado fracasado después de la quiebra matrimonial que le dejara sin familia y sin hogar?

Hijo único, criado lejos de la vigilancia paterna, apenas cumplidos 18 años siente un ansia irresistible de hacerse notar, de sobresalir, y acude a la Escuela de Arte Dramático.

—Deseo matricularme. He de ser actor — explica.

—El curso cuesta quinientos dólares.

—No los tengo.

—Lamentable, pero... ¡A ver, otro! — indica el de la ventanilla, deseoso de no malgastar su tiempo.

Ira se echa a un lado pensativo.

—¿Qué te sucede? — le pregunta uno de los allí presentes.

—Nada — contesta, con cara de pocos amigos.

El que ha intervenido se arrepiente de haberlo

hecho. Le mira con fijeza y conviene consigo mismo que aquel gigante debe ser un amargado.

No. No lo es, pese a su aspecto hermético, su pelo encrespado, sus pupilas ardientes y desesperadas. Lo prueba el que una vez tomada nueva resolución abandona tranquilamente la Escuela de Arte Dramático para inscribirse en la de Arte Comercial.

—Al fin y al cabo, todo es arte — se tranquiliza—. Desde esta Escuela pasaré a la de Declamación. ¡Cuestión de tiempo!

Pagó doscientos dólares y siguió los cursos con tesonera voluntad. Más adelante se empleó en la misma como profesor auxiliar. Ahorraba dinero. Recorría Nueva York. Fantaseaba. Avizoraba el porvenir...

Una de tantas noches tropezó con un antiguo amigo, alumno ahora de la «Feagin School» de Arte Dramático.

—¡Hola, Ira! ¿Cómo te va?

Se abrazaron. Deseosos de cambiar impresiones entraron en un café.

—Whisky para dos — invitó el amigo, que pertenecía a una familia acomodada—. ¿Dónde te metes que no se te ve? — insistió.

—Trabajo en la Escuela Comercial.

—¿Y lo de ser actor?

—Más adelante. No creas que desisto.

—Mañana por la noche tenemos función. Ve a verme. Luego nos reuniremos y me dirás qué te ha parecido.

—Encantado. No faltaré.

Acudió puntual. El ambiente de teatro le atraía fuertemente. Volvió a sentir la punzante amargura de la falta de recursos; de aquella soledad espiri-

tual que le hacía insociable, y en apariencia, orgulloso.

El estudiante captó su estado de ánimo. Su desolada intimidad.

—¿Por qué no intentas quedarte?

—Carezco de lo principal. ¡Dinero!

—Ofrecete para hacer algo. Tienes cultura. Podrías ocuparte en la contabilidad, en la administración. ¡Lo íbamos a pasar bien juntos!

Según costumbre, el estímulo afectivo cristalizó la decisión de vencer. A la mañana siguiente era alumno de la «Feagin School».

* * *

Los primeros pasos como actor profesional los dio interpretando un pequeño papel en «Trojan Horse», de Christophe Morley, sobre un escenario de Long Island, y tanto se eplicó que al cabo de un año le confiaban los de protagonista.

—¿Te atreves a formar compañía? —le propuso Bill Bryan algún tiempo después: —Podríamos montarla entre los dos.

—Por mí que no quede.

Debutaron en Chicago. Y entonces conoció a Marjorie Hoshelle, actriz de talento y mujer guapísima.

No más verla comentó con Bill:

—Estupenda, ¿eh? ¡Lástima que no la llevemos con nosotros!

—¿Te gusta?

—¡Mucho! —exclamó el que años después había de ser su marido.

La asociación Grossel-Bryan constituyó un rotundo éxito, más la participación americana en la

segunda guerra mundial tiró por los suelos las primeras victorias del que empezaba a vivir una novela tiempo atrás imaginada.

El ataque japonés a Pearl Harbor fue el clarín que les llevó a alistarse trocando la variada sastrería teatral por la severa guerrera castrense.

—¡Hasta la vuelta, chico!

—¡Suerte, y a esperar!

El dramático paréntesis duró cuatro años, la mayoría de los cuales los pasó en las inhóspitas Aleutianas, islas puente entre el Océano Pacífico y el mar de Bering, con sus habitantes entre rusos y esquimales, su incómoda geografía y un aburrimiento total.

Sin embargo, cuando les daban permiso para trasladarse a las bases costeras Ira renunciaba.

—Sé a lo que conduce. ¡Borracheras! ¡Mujerzuelas! ¡Juego! Me encuentro mejor aquí leyendo o pensando.

—No seas tonto, ¡ven! Entre tanto olvidas... —filosofaban los compañeros queriéndole tentar.

Impertérrito, les veía marchar eufóricos, aseados, correctos, hasta diríase que felices... Al regreso ¡era todo tan distinto! Entonces experimentaba la íntima satisfacción de saberse superior. Aprendía a controlar su voluntad. Llegaría a ser algo.

Empezaron a motejarle de orgulloso. Una vez más, al igual que cuando niño, se equivocaban, pues que sólo era un ser sediento de notoriedad a la espera de que con ella encontraría algún afecto sincero. Sentíase terriblemente solitario, desamparado, con sus ilusiones artísticas maltrechas y arrumbadas por culpa de la guerra. ¿Qué haría cuando terminase? Sin ninguna experiencia

práctica —le movilizaron a los 24 años y fue licenciado a los 28—, se esforzaba por bucear en el incierto porvenir.

Lo primero que iba a necesitar sería dinero.

—Siempre lo mismo, ¡dinero!, ¡dinero!, ¡dinero! —exclamaba meditativo.

Imponíase ahorrar aun a trueque de que le juzgasen tacaño. Hizo balance de su capital: 3.000 dólares en efectivo y varios millones en ilusionados proyectos.

El primero y principal consistía en asomarse al mundo del cine, en el cual la pequeña Edyth Morrener, de la Escuela Comunal de Brooklyn, a la que tanto había amado en sus deliquios de muchacho, triunfaba y se imponía como «estrella». Ahora se llamaba Susan Hayward... También él se daría a conocer bajo otro nombre: Jeff Chandler, que nada tenía de común con el de Ir. Grosse como no fuera la inagotable sed de cariño que conservaba intacta junto al decidido empeño de alcanzar notoriedad.

* * *

Antes de abandonar la milicia había cursado algunas solicitudes de trabajo para cuando le dejaran en libertad. ¡Lo juzgaba difícil! De todos modos su éxito teatral de anteguerra le serviría como tarjeta de presentación. Lo enfocó con acierto. Todavía llevaba uniforme cuando le llamaron desde Los Angeles. ¡Iba a ser verdad que lograría entrar en el fabuloso mundo de la pantalla? ¿Tan pronto? ¿No acertaba a creerlo!

Con nerviosa impaciencia leía y releía la carta de llamada, temeroso de equivocarse. Sí. Sí. Era

cierto. Le llamaban. Y, nada menos que para encargarse —si las pruebas resultaban favorables— del papel principal en la película «Dishonored Lady», llevando como estrella femenina a Hedy Lamarr.

Curtido el cuerpo por muchas horas de vida castrense y disciplinada y estoica la voluntad, preparó su viaje. ¡Imposible llegar rápidamente a Los Angeles! Las distancias eran considerables. Dificultosos los medios de locomoción. Después de sopesar los pros y los contras decidió servirse del sistema más expeditivo: «Auto stop».

La ocurrencia le divertía. Estaba entrenado para las marchas. ¡Muy mala suerte habría de tener si no daba con alguna persona amable que le admitiera! Incluso sonreía pensando en una posible aventura... Ni era mal parecido, ni su porte vulgar... ¿A lo mejor...?

Los coches delizábanse a velocidades de vértigo por las bien asfaltadas carreteras. Ira engullía kilómetros gracias a sus largas piernas cuyo compás se abría y cerrada rítmicamente. De todos modos la fatiga comenzaba a preocuparle. ¡Nadie atendía sus llamadas de «socorro».

—«Pasan a tanta velocidad que no pueden comprender lo que les pido» —reflexionaba algo inquieto.

Optó por pararse. Dispuesto a hacerse transportar, se arriesgó a invadir la pista de coches. El conductor de un potente auto se apiadó del joven e impaciente peatón. Mas, en el preciso momento en que se disponía a subir, otro auto les envistió de frente ocasionando una verdadera catástrofe.

De entre los muertos y heridos graves extra-

jeron a Jeff. ¡Sus sueños de gloria se acababan de esfumar en un instante!

Trasladado al hospital más próximo pasó muchas horas sin sentido, luchando entre la vida y la muerte. En pleno delirio se le oía decir:

—Voy a Los Angeles... El cine. Sí. El cine... ¡Por favor lléveme! ¡No se detenga!... ¡Me están esperando!... Hedy Lamarr... Los Angeles... Las Aleutianas... Soy actor... Me llamo Jeff... También Ira... ¡Acelere! ¡Acelere!... ¡Me están esperando!... Una película... Hedy Lamarr... El coche... El coche... ¡Ah!...

Recobrado el sentido preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

Cuando pudo darse cuenta de las cosas comprendió que había vuelto a fracasar. Tendrían que pasar algunos meses hasta que pudiera pensar en otra cosa que curarse. Con la cabeza vendada y el cuerpo magullado reconsideraba el nuevo modo de buscar trabajo. Optó por ir directamente a Hollywood. De los tres mil dólares ahorrados en campaña destinó mil a equiparse. Sabía que una primera impresión agradable predispone a la simpatía. Decididamente, se introduciría en el cine o en la radio. Adquirió algunos trajes de paisano. Corbatas, camisas, zapatos, etcétera, etc.... Los dos mil restante le servirían para sostenerse en un tren de vida decoroso hasta conseguir lo que a tan duro precio venía buscando.

Vistiendo un conjunto recién salido de la tienda se contempló en el espejo. ¡Quedaba bien! Elegante, atractivo. Su atlética y proporcionada figura destacaba de lo corriente. ¡Se haría notar!

Lo único que le desagradaba era una regular

cicatriz, sobre la sien izquierda —todavía violácea, por lo reciente— que conservaba en recuerdo del accidente automovilístico.

La siguió meticulosamente con los dedos rezonando para sí:

«Pudo haberme costado la vida el dichoso encontronazo... y... esta cicatriz puede estropear la carrera...» —Volvió a contemplarse, diciendo con filosófica resignación: —«Bah! El mundo es grande y todos tenemos asignado un puesto en él. Hay que saberlo encontrar.»

A fuerza de contrariedades aprendía a dominar las impacencias.

¡Se hablaba en Hollywood! La meta tan ansiada. Seis meses tardó en ser admitido en la radio. Mientras esperaba vio a Susan... Vio también a Marjorie...

Susan le hizo saber que se había casado con el actor de cine Jess Barker; que los productores se fijaban en ella; que la cotizaban como a una primera figura; que...

—Has logrado cuanto te proponías. ¡Enhorabuena, Edyth!

Al oír su nombre de pila pareció sorprenderse. Ira lo captó, más, impulsado por la emoción del reencuentro, se apresuró a suplicar:

—¡Déjame llamarte Edhyt! ¡Cómo entonces! ¿Recuerdas? Tú encauzaste mi vocación.

—¡Aquello está tan lejos! —aceptó distraída.

—¡Has cambiado mucho! ¿Eres feliz?

—¡Completamente! Tengo un marido al que adoro y que me adora. Soy actriz. Me estoy imponiendo sobre las mejor dotadas. Gano dinero... ¿Qué más podría desear...?

—A mí no me fueron tan bien las cosas. Mira...

Mostrándole la cicatriz, en la que Susan aún no había reparado, la puso en antecedentes de lo ocurrido, no sin un deje de melancolía.

—¡Debes reaccionar! ¡Sacudirte la timidez!

—¿También tú me crees tímido? Pues no lo soy, Edyth. No lo soy. Soy un hombre con ambición. Quiero sobresalir. Lo estaba consiguiendo cuando estalló la guerra. Lo iba a conseguir de nuevo cuando sufrí el accidente... ¡Hay algo en mi destino que me acerca a la felicidad y me la niega violentamente cuando empiezo a gustarla!

Susan le animó.

—Deberías enamorarte. Necesitas formar un hogar. ¿No lo deseas?

—Jamás supe lo que era. ¡Piensa si lo desearé!

—Propóntelo y lo tendrás —sentenció la pequeña luchadora—. La vida es un problema de voluntad.

Jeff, oyéndola hablar, evocaba a aquella compañera de colegio, menudita, nerviosa, con el pelo alborotado, las ropas miserables y los zapatos torcidos, convertida, como en los cuentos de hadas, en esplendorosa y codiciada mujer.

También vio a Marjorie... Del teatro había saltado el «set», si no tan vertiginosamente como Susan, si al menos con pie firme y sólida reputación. ¡Qué bonita era Marjorie! La encontró más bonita que antes; más mujer; más atractiva. Los cuatro años de guerra, soportados estoicamente en las islas lejanas e inhóspitas, con los deseos refrenados y los recuerdos en tumultuosa mezcolanza, habían desmantelado el ingenuo corazón de aquel gigante, metro noventa y tres de talla, totalmente inexperto en lides amorosas.

Cuando supo que Marjorie seguía soltera se

afaná más y más en prosperar. Salía con ella. La convertía en confidente.

—Dick Powell, que actúa en uno de los mejores espectáculos radiados, se ha fijado en mí y me ha reservado un papelito en su película «Johnny O'Clock» —le contó alborozado.

—Te felicito, Jeff, porque, en cuanto logres hacer medianamente bien un par de interpretaciones, estarás introducido. El cine sólo requiere que alguien se fije en uno.

No encontró, sin embargo, tantas facilidades como Marjorie le auguraba. La inoportuna cicatriz podía más que sus entusiasmos y sus prometedoras condiciones físicas. En cuanto los seleccionadores reparaban en ella, sin referirse abiertamente, limitaban las ofertas a un modesto papel secundario.

De todos modos, con cine o sin él, nuestro hombre se consideraba al borde de la felicidad, porque, mientras iba prosperando en la radio prosperaba también en la conquista de Marjorie.

—Eres la mujer más interesante que he conocido —acertó a decirle mientras bailaban. Y, sin solución de continuidad, añadió: —Durante la guerra tú recuerdo me estimulaba a vivir; vivía con la esperanza de volver a encontrarte y el temor de que te hubieras casado.

—Esto, Jeff, es una declaración en toda regla —rió, convencida de que le tenía perdidamente enamorado.

—No sé decirlo de otro modo. ¿Quieres ser mi esposa?

El 13 de octubre de 1946 se casaron en Los Angeles. Marjorie seguía en el cine. Jeff iba ganando popularidad a través de los micrófonos.

Casi al mismo tiempo que les nacía la primera hija, obtuvo un puesto fijo en la C. B. S. Pero le tentaba el «set», y como únicamente le daban papeles de reparto, sin ningún relieve, andaba disgustado. ¿Quién recuerda haberle visto actuar en «Mr. Belveder estudiante», en «The invisible wall», en «Abandoned»? Nadie, o casi nadie. Tuvo que esperar todavía un par de años hasta que le saliera al paso «su oportunidad».

* * *

A los inconvenientes creados por la inoportuna cicatriz, vinieron a sumarse las canas prematuras que exornaban la encrespada pelambreira del gigantesco candidato a galán de la pantalla.

Cansado de recibir negativas y ya en los treinta años de edad, leyó que la «Universal» andaba buscando alguien capaz de encarnar a «Kurta», figura central la «La espada en el desierto». Tanto habían sido los llamados, sin que ninguno encajase con el tipo requerido, que la productora decidió lanzar una convocatoria amplísima, donde cupiesen los actores consagrados, los que tuvieran alguna idea del «oficio», los de la figuración e, incluso, los simplemente aficionados.

Desde que se le venía rechazando, la cicatriz y las prematuras canas le habían creado un molesto complejo de inferioridad. Sabía que le impedían prosperar y que seguirían impidiéndoselo. Acudió, a instancias de un amigo.

—Nada pierdes con ir —le animaba, después de haberle oído por la radio. Tienes buena dicción, buena figura, sabes actuar...

—Me decido porque se les está poniendo difícil encontrar el tipo de ese Kurta...

—A lo mejor... ¿Quién sabe!

Cuando estuvo delante de los seleccionadores, obsesionado por la cicatriz, pudo cerciorarse de que se la miraban insistentemente.

—«Lo de siempre» —pensó, con ganas de marchar, arrepentido de haberse dejado convencer. Pero, cuál no sería un asombro al ver que se llegaban hasta él, le examinaban interesadísimo y comentaban entre sí:

—He aquí nuestro hombre... El mismísimo Kurta redivivo... Y con una cicatriz, precisamente, donde la marca el guión.

—¿Será auténtica?

El Jefe del Estudio averiguó sin titubeos:

—¿Un caprichoso tatuaje de guerra?

Atónito por tan absurda suposición, les relató el origen de tal cicatriz y lo mucho que le venía perjudicando en su carrera artística.

—No se preocupe más. Gracias a ella tendrá ocasión de interpretar un gran papel. Nos hemos vuelto locos buscando a Kurta... Figúrese pues nuestro contento al encontrar en usted, que físicamente responde al tipo adecuado, una cicatriz verdadera sobre la sién izquierda. ¡Exactamente lo que pide el autor! —repetían asombrados.

Estaban tan contentos que Jeff se sintió contagiado de su alegría. Le citaron unos días después para la prueba. Los dejó entusiasmados. Firmaron el contrato.

—Amor mío, ¡Mira lo que traigo! —gritó al entrar en casa alborozado.

Marjorie le besó enternecida. Sabía por propia experiencia lo que significaba situarse en Holly-

wood. Con una buena película asegurada, Jeff ya no tenía nada que temer.

Dejó la radio, donde actuaba de primerísima figura en el programa «Our Miss Brooks» y en cuyo papel de galán se había conquistado muchas admiradoras.

Mediado el rodaje, los magnates de «Universal» le ofrecieron otro contrato de larga duración.

—Ha sido un hallazgo...

—Daré mucho juego...

—Como que pronto le veremos convertido en ídolo de las mujeres...

Comentaban entre sí, satisfechos de la adquisición.

Jeff se entregaba a su labor con una vehemencia hasta entonces desconocida. No tenía margen para el más pequeño descanso. Ni lo tenía ni lo deseaba. A «La espada en el desierto», que filmó junto a Marta Toren, siguió «Deported», con la misma actriz, para lo cual tuvieron que desplazarse a Italia.

Los públicos empezaban a admirarle, las mujeres a fijarse en él. Pero, cuando la veleidosa fortuna le dio la consagración definitiva fue al encargarse de protagonizar la figura de «Cochise», el Jefe indio de la película «Flecha Rota», con Debra Paget, para la Fox.

Mucho tuvieron que parlamentar ambas productoras hasta llegar a un acuerdo. Jeff conocía el guión desde hacía un par de años. Tenía enorme interés en interpretar dicho personaje y gestionó lo prueba. Lo demás le resultó fácil. Sabía que se le disputaban, que a nadie más que a él se lo adjudicarían. Y esperó tranquilo. Hechas las transacciones de rigor, empezó la película que

había de encaramarle al pedestal de los «ídolos».

«Flecha rota», mejor dicho, su intérprete, se asegura que ha venido a ocupar, en orden a las preferencias femeninas, el puesto que dejara vacante Rodolfo Valentino... Exagerado o no, lo cierto es que con su enorme estatura, sus plumas coronando la y su expresiva rostro, trastornó a muchas mujeres. Se hicieron encuestas. Se le propuso para el premio de la Academia (que perdió por sólo tres votos) y todavía hoy se le conoce —haga el papel que haga— por Cochise.

Claro que estos tiempos no son para que se enferme o se muera de amor por un «astro» o «estrella», pero el revuelo armado con dicha interpretación resulta evidente. El propio actor lo avala afirmando que él es Cochise, y que debería llamársele por siempre más con este nombre.

A partir de entonces, según fue imponiéndose cinematográficamente, pues que las casas productoras le hacía fabulosas ofertas y la «Universal» le mimaba reservándole los mejores papeles, Jeff experimentaba cierto malestar espiritual. Su vida íntima se cuarteaba. El hogar no le proporcionaba las alegrías presentidas. Había nacido una segunda hija. Marjorie, por culpa de la maternidad, o por un fenómeno inexplicable, aunque corriente en el veleidoso ambiente de Hollywood, perdía terreno. Le fallaban los contratos. Se mostraba nerviosa. Descontenta del marido, a quien al principio cuidó de introducir y ayudar artísticamente. Su experiencia le sirvió de mucho. Pero Jeff, aun reconociéndolo, no podía remediar la situación. Limitábase, pues, a aconsejarle:

—Mejor estás en casa, cuidando de las niñas y de mí, que tanto te necesito...

—¿De ti? —repetía irónica—. Tú no necesitas otra cosa que una buena cama donde dormir a pierna suelta...

—¡Compréndelo, mujer...! Ando siempre cansado de tanto trabajar...

—Por lo que veo me casé con una marmota. En casa duermes... En visita duermes... Si vamos a una «Boite», duermes al arrullo de cualquier melodía... ¿Qué clase de marido eres?

Y aunque lo del sueño resultara cierto, Jeff procuraba tomarlo a broma. Le prometía corregirse, mas, en cuanto salía del «set», no sentía sino deseos de dormir.

Marjorie acudió a Tony Curtis, el mejor amigo del gigantón, para averiguar si existía alguna otra mujer de por medio.

—Estáte tranquila —le aseguró—. No piensa más que en sus películas. ¡Trabaja con exceso! Cuando viene a casa, apenas nos hemos saludado con un efusivo «¡Halló!», se hunde en cualquier butaca y ¡ya no cuentas con él! ¡Debes disculparle!

—No lo resistiré. Ha estropeado mi carrera y ahora me está amargando la vida.

—Ten paciencia. Te ama. Trabaja como un condenado; todo por vosotras.

—No creas que sólo sea por nosotras. No acepta que nadie se le ponga delante. Es orgulloso, presumido, insociable. Se cree un ser superior.

—En cierto modo lo es. Nadie como él para encargarse de los más encontrados papeles —aseguró Curtis, que le admiraba sinceramente.

—Pues yo preferiría el de antes. Con su poquito de timidez y su mucho de ingenuidad...

—Las mujeres, aun con el marido, os sentís más madres que esposas. Os gusta proteger.

—Es que el mío ni me protege, ni admite protección... —concluyó irritada.

* * *

Tanto se prodigaron las películas del desierto en las que tenía que llevar vestimentas estrafalarias, que el propio actor se extrañaba si alguna vez le tocaba lucir un bien cortado traje de paño. Pasaron dos, tres años de febril actividad, durante los cuales rodó «Ave del Paraíso», «Smugler's Island», «The Iron Man», «Flame of Araby», «The Battle at Apache Pass», «Red Ball Express», «Yankee Buccaneer», «Entre dos amores», «Sious Aprisihg», «East of Sumatra», «Brandy's Bunch»..., y comprobó que el destino cumplía, una vez más, aquella especie de maldición indefinible que le acercaba a la felicidad y se la negaba cuando empezaba a gustarla.

Las discordias con Marjorie iban en aumento. Acabó por aislarse como cuando de niño se creía incomprendido. Demasiado ocupado por la ficción, al llegar a casa ya no se molestaba en disimular: ¡Dormía! A veces, la esposa, en un arrebato incontenible, le despertaba interrogativa y molesta:

—¿Quieres explicarme tu conducta?

—Decidí ser actor cuando tenía pocos años, porque me habían dicho que ganaban mucho dinero. Os desatiendo, lo sé, pero he de insistir hasta ganarlo. Deberías agradecerme. No me sacrifico únicamente por mí; también lo hago por vosotras —replicaba de pésimo humor.

—Modera tu ambición y viviremos más felices.

—No puedo perder tiempo. Empecé tarde. He contraído la responsabilidad de crear una familia de la que apenas disfruto. Quiero tener bastante dinero para retirarme a descansar en cuanto cumpla los cuarenta años... ¡Ten paciencia! Falta muy poco...

Marjorie no la tuvo y presentó demanda de divorcio, alegando que su marido, «a pesar de ser un hombre fuerte, sufría de fatiga crónica; se quedaba dormido donde quiera que se hallara, a causa de estar absorbido por su carrera; la desatendía como mujer...»

Jeff aceptó la acusación. Interrogado por el juez confesó, deseoso de terminar cuanto antes:

—La estimo muy de veras, pero me está resultando imposible vivir con Marjorie, porque me aburre creando conflictos a todas horas.

* * *

De nuevo volvió a ver a Susan Hayward, la Edyth de otros tiempos. Ambos, respondiendo a sus destinos, en cierto modo paralelos, acababan de sufrir la quiebra de los respectivos hogares.

—Desde luego que la separación se siente —le confesaba en una consoladora intimidad—: ¿Qué clase de hombre sería yo si no la sintiera? ¡Duele mucho a causa de los chiquillos y los buenos años pasados en compañía de Marjorie!

—Los dos, digan lo que digan nuestros «slogans» publicitarios, estamos hechos para la vida de hogar. ¡A qué precio vamos pagando el triunfo! —se lamentaba ella.

Salieron juntos infinitad de veces, hasta el punto de hacer crear en un posible idilio que

uniese el misérrimo y lejano pasado con este presente rutilante y esplendoroso.

Se buscaban con las pupilas raidoras, necesitados ambos de intercambiar confidencias, mientras bailaban en los clubs nocturnos. Serviales de lenitivo y anestesia. Llegaron a necesitarse. La vida, para ambos, empezaba a tener un sentido fraternal, entremezclado de amorosa proximidad evocadora.

Con todo, de vez en cuando Jeff experimentaba cierto desasosiego. Entonces, huía a su casa de Apple Valley (California), situada a unos doscientos kilómetros de Hollywood.

—Cada hombre precisa de un sitio donde refugiarse —explicaba a Tony Curtis—, siempre que éste le interrogaba sorprendido de tales desapariciones. Y añadía queriéndolas justificar sin que rozasen el problema sentimental: —Aquel lugar me encanta. Lo descubrí mientras rodaba «La espada en el desierto» y no estuve satisfecho hasta comprar la casa. Allí bronceo mi piel; preparo mis comidas; cuido del jardín; nado en la piscina...

—Pero estás demasiado solo. No te conviene, porque alimentas tu natural tendencia al aislamiento.

—De vez en cuando recibo a mis hijas. Espero tenerlas conmigo en las Navidades.

—No te bastan.

—También sé divertirme cuando conviene.

—Y de mujeres. ¿qué?

—Muchas al retortero y ninguna en el corazón —confesó melancólico.

—¿Tampoco Susan? Se asegura que vuestras

asiduidades acabarán en boda. ¿Acaso huyes de ella?

—Nada de eso. Se nos van las horas hablando «en pasado». Hasta ahora no nos quedó tiempo para pensar en el porvenir.

—¿Cuál es tu ideal femenino?

—La mujer soñada por mí debería reunir las cualidades que le faltan a Marjorie.

—¿Todavía duele?

—¡Todavía!

Tony desvió la conversación.

—¿Sabes que Gloria se dispone a abrir un Club en Las Vegas? ¿La recuerdas?

—¿Gloria de Haven? ¿Aquella que me presentas? hace algunos años, cuando rodabais «So this is Paris»? ¿La divorciada de John Payne?

—La misma. Precisamente ahora está tramitando el segundo divorcio. ¡Te gustaba!

—No digo que no. ¿Quién es él? Porque, detrás de una demanda de divorcio suele estar aguardando el sustituto.

—No siempre. Tú mismo caso lo confirma. Gloria únicamente busca su libertad.

Tanto John, como Marty, el acaudalado marido de turno, intentaban retenerla en el hogar. A Gloria le gusta brillar, lucir su propia personalidad, exhibirse. Es por lo único que se divorcia.

—Otra que no renuncia a los aplausos. ¡Me sé bien la lección!

Pese al despectivo comentario, Jeff voló desde Hollywood para sumarse a los aplausos que sonaron la noche de la inauguración del «Rancho Vegas», tras la actuación de su propietaria, pues que Gloria cantaba en el propio club.

Le impresionó tanto o más que cuando Curtis

se la presentara. Bebieron champaña. Recordaron. Comentaron algunas películas en que ambos habían representado papeles destacados, aunque separadamente, con interés de simpatizar.

A partir de aquella noche no han dejado de verse. Ambos adoran la música. A Jeff, según afirma, lo que más le gusta ahora es cantar. Ha grabado muchos discos para la «Decca», sin restar horas al plató. Nadie se explica cómo le cunde tanto el tiempo.

—Llevo una vida muy ordenada — comenta complacido—. Todavía espero hacer mucho más.

Pese al duro trabajo que soporta en los estudios, donde continuamente está en rodaje, de vez en cuando acepta actuar en los clubs nocturnos, y asegura que cuando quede libre de contrato filmará las propias películas, escribirá la novela que imaginó de muchacho y cantará, ¡cantará mucho!, porque dejando oír inspiradas melodías es como mejor expresa sus sentimientos.

¿Cantará para Susan? ¿Cantará para Gloria?

Si algún periodista indiscreto le acosa a preguntas, contesta evasivo:

—Lo que más deseo es disponer de tranquilidad para resolver todas mis cosas. Soy hombre sencillo, vivo sin complicaciones y afronto los problemas cuando se me presentan.

Nadie, pues, hasta el momento presente, pudo saber más.

Y a pesar de todo ello, últimamente ha parecido que Jeff y Marjorie estuvieran dispuestos a hacer las paces. Al fin y al cabo, la sentencia definitiva de divorcio aún no ha sido pronunciada, y todo puede esperarse...

Así es JEFF CHANDLER

Un nuevo rico pre-
tencioso le dijo a Jeff
Chandler:

—Sepa usted, señor,
que yo me he formado
a mí mismo.

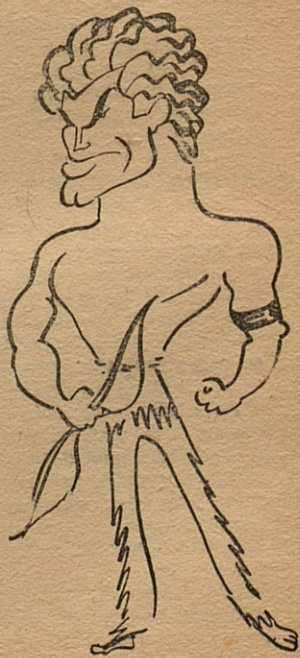
A lo que repuso el
actor:

—¡Oh, mi querido
amigo! Usted carga sus
hombros con una pe-
sada responsabilidad.

Jeff Chandler se en-
contró con un antiguo
compañero del ejército.
Charlaron un rato de
sus cosas, y el amigo
explicó que tenía novia
e iba a casarse dentro
de un par de meses.

—Es una chica en-
cantadora —dijo entu-
siasmado—. Sabe na-
dar, bailar, conducir
un automóvil, pilotar
un avión... Seremos
muy felices.

—Lo creo —asintió
Jeff—, porque en el
cuartel tú aprendiste
a cocinar...



a la venta!

YOUNG.—Esta encanta-
que vemos todavía en pa-
lacha, es nada menos que
«la veterana más joven» de Holly-
wood. A pesar de que continúa siendo
una chica encantadora, comenzó a tra-
bajar para la pantalla en los ya lejanos
tiempos del cine mudo. Su vida es una
larga experiencia cinematográfica, con
un divorcio en su juventud y un segun-
do matrimonio que será probablemente
el definitivo.



MARLON BRANDO.—Este actor tan
distinto a cuantos hasta hora hemos co-
nocido, ha buscado durante años un
amor, que tal vez no existe. En las pági-
nas de su biografía encontrará usted a
Shelley Winters, a Movita, a Jo-i-ane... mu-
jeres que le amaron y que él creyó amar.



ERROL FLYNN.—La vida de un mu-
chacho que no supo conformarse con la
existencia placida que su posición fami-
liar le ofrecía. Por propia voluntad fue
vagabundo, ayudante de cocinero, sol-
dado, marinero, pescador de perlas, y
otros mil oficios hasta llegar a ser escri-
tor y astro de la pantalla. Su espíritu in-
dependiente le ha impedido hallar la
felicidad al lado de una esposa, incapaz
de sujetarse a vínculos permanentes.

¡Están a la venta!

AUDREY HEPBURN.—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN.—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella solo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amantes que no consiguieron hallar un recinto de paz.



¡ KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.

